



MONTERO GLEZ  
CARNE DE SIRENA

© Roberto Montero González, 2022  
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© por la fotografía de cubierta, Alberto García-Alix

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2022  
ISBN: 978-84-9998-916-7  
Depósito legal: B. 4.815-2022  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Egedsa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

El último día de su vida, Andrés Bouza se hizo a la mar temprano, sin dar importancia al oscuro presagio del cielo. Unas nubes sucias, tan grises como el pellejo del bacalao seco, anunciaban su destino, y lo hacían del modo cruel que a veces tiene la naturaleza de anticiparse a la muerte.

Con esto, Andrés Bouza subió a su viejo barco y pegó una voz a su acompañante:

«¡Vamos, chaval!».

La urgencia no podía demorarse por más tiempo. Pero el chaval no oyó o no quiso oír la orden. Mantenía la mirada inquieta sobre una gaviota que revoloteaba por la embarcación en círculos cada vez más bajos.

Sin duda, algo terrible se cocía dentro de la cabeza de aquel chaval rapado al cero. Cuando la gaviota estuvo cerca, hundió su mano en el bolsillo del anorak. El latido de la sangre se encendió en sus ojos, y Andrés Bouza, que percibió el movimiento, le desarmó de un puntapié.

La pistola golpeó el suelo de cubierta y resbaló por el piso. El chaval miró como un niño al que le hubieran robado su juguete. Como única defensa se mantuvo en silencio y no pudo evitar que la revancha despuntase en sus ojos cuando Andrés Bouza se agachó a coger el arma.

«De momento, no la vas a necesitar», le dice Andrés Bouza, provocando el desafío.

Por un instante, parece que Andrés Bouza va a soltar un puñetazo, pero se contiene. Entretanto, la gaviota suspende su vuelo para quedarse mirando la escena; las figuras de dos hombres a punto para la pelea sobre la cubierta de un barco. Al final, uno de ellos, el más joven, baja la cabeza, y la gaviota desciende en picado dispuesta a garrear las aguas. El asunto dura poco, el tiempo que tardan los motores del barco en ponerse en marcha. El sonido áspero la espanta, y la gaviota echa a volar con graznidos de ira.

La espuma negra de las aguas se arranca con un chapoteo macabro que va dejando atrás su estela; un tembloroso delirio de espuma que se adentra en la mar rumbo a un escenario infinito, donde se sumergirá de lleno en la tentación de la muerte. Pero para qué hablar de estas cosas todavía si, de momento, el acompañante de Andrés Bouza, el chaval, ha levantado el rostro, buscando a la gaviota en el cielo, y es en ese preciso instante cuando su cara acusa cierto toque de discapacidad mental; un defecto que se acentúa bajo el lívido resplandor de un sol anémico, semejante a un punto de luz que lucha por abrirse paso entre las nubes grises.

Durante la travesía, Andrés Bouza se dirige a su acompañante en contadas ocasiones. Cuando lo hace es con burla. Sus labios duros y guasones solo se despegan para bravear. «A ver, chaval, esa sonrisa», le incita. El otro mira cabizbajo el suelo de cubierta, como si allí buscase el recuerdo de algo

que ocurrió o tal vez imaginó hace ya un momento. «A ver, chaval, anima esa puta cara, que pronto llegaremos a Lisboa.» Pero el chaval no responde a las provocaciones, sigue a lo suyo. De vez en cuando levanta la cabeza y se muestra con el párpado caído sobre el ojo, una tara que atonta todavía más su expresión. Hay veces que balbucea algo; son palabras desprovistas de toda lógica y que Andrés Bouza interpreta a su manera, captando algo más de lo que expresan.

Llevarían poco tiempo navegando cuando Andrés Bouza comprobó cómo el horizonte se oscurecía con una asombrosa rapidez. En menos de lo que tardó en decir «carallo», todo se puso tan negro que dejó de ver a su acompañante, ahora envuelto en la oscuridad del puente de mando. Andrés Bouza apretó la boca y alzó el rostro, exhibiendo una mueca de rabia, como si estuviera a punto de cumplir el rito incomprendible de una muerte cercana.

En breve, la garra de la tormenta se va a apoderar con firmeza de la nave y Andrés Bouza tendrá que manejar la rueda del timón con una mano, mientras que con la otra luchará contra la carta náutica caída en el suelo de cubierta, y que intentará pisar varias veces con la punta de su bota, antes de que la cuchillada de una ola la borre de su vista para siempre. Bien mirado, es en ese momento cuando se echarían a perder las cosas; el preciso instante en que la masa de espuma y agua negra se precipitó contra ellos, acompañada por el ronco aviso de la muerte. Para reafirmar aún más su cercanía, apareció el fogonazo de un relámpago a iluminar el cielo y, a continuación, el ruido de un trueno vino a comunicarles la presencia de la naturaleza enemiga. Fue entonces cuando el barco respondió estremeciéndose, como si el trueno hubiera sonado debajo del casco, pongamos que en las profundidades marinas, haciéndolo temblar de quilla a perilla.

Pudieron oír el rugido, tan intenso y espantoso como el lamento de una bestia primitiva. Entonces, Andrés Bouza se agarró a la rueda del timón, qué carallo, y su acompañante entrecerró los ojos como si quisiera descifrar lo escrito en el cuerpo de la tormenta. Aquella descarga penetraba en sus cuerpos desde abajo, llegando a cubierta y atravesando las plantas de los pies hasta alcanzar sus cabezas. Desde algún lugar ajeno al desastre, una voz sobrenatural recitaba el trágico destino. Era la voz del mar que se prolongaba hasta el infinito.

Estaban perdidos.

El capote amarillo de Andrés Bouza destacaba sobre el fondo oscurecido como si fuera una armadura brillante de agua. Andrés Bouza sabía que las tormentas en alta mar braman un lenguaje misterioso y oscuro que precede a la muerte. Siempre hay un propósito feroz en ellas cuando sacuden un barco, y en los ojos de Andrés Bouza se reflejaba la abrumadora sensación de desamparo que trae consigo la tempestad.

La lengua se le pegaba al paladar con una sequedad que hasta entonces no había conocido. Sin duda alguna, había sido una temeridad salir a la mar, pero ya era tarde y no quedaba sitio para el arrepentimiento. En aquellos instantes, Andrés Bouza era la viva imagen de un hombre que luchaba contra el temporal con movimientos torpes, de esos que no se llegan a completar del todo, igual que sucede en sueños. Había algo invisible, algo oculto en todo aquello, un espíritu de perdición que gobernaba los acontecimientos desde dentro, lo más parecido a un alma malvada que lucha contra el mismo cuerpo en una enfermedad autoinmune.

Manipulado por fuerzas invisibles, aquel barco navegaba como si el mar le estuviese reclamando una deuda pendiente. Aferrado a la rueda del timón, Andrés Bouza sucumbía ante

el roce de una memoria que le llamaba para cobrarse el pago vencido. La recaudación sangrante por todo lo que el mar le había proporcionado desde aquel lejano día en que su padre lo llevó a conocer el enigma que se esconde más allá de la línea del horizonte.

«Parece recta, pero no lo es, hijo» le había asegurado su padre, para después explicarle que los marinos antiguos descubrieron un día que el mundo era redondo y que estaba rodeado por una interminable sirena que se muerde la cola. «Nunca hay que fiarse de las apariencias, Andrésino.» De eso hacía más de cuarenta años y, con estas cosas, ya se sabe, la mar nunca olvida, qué carallo; la mar siempre recuerda historias que permanecen escondidas en los rincones de un pasado que ahora se viene encima, con todo su peso y como surgido de un cuerpo sólido que acaba de reventar.

Hasta entonces, hasta ese momento, Andrés Bouza había sido fuerte a la manera de quien no tiene dudas ni esperanzas. A partir de aquel instante, el miedo dejó de hacerse borroso y Andrés Bouza se daría cuenta de que la muerte era el único acontecimiento de su existencia que tenía la garantía absoluta de cumplirse.

Lo que vino después sucedió en mucho menos tiempo de lo que se tarda en contarlo.

# 1 UN DÍA ANTES

Es posible que todo lo contado hasta ahora no sirva de mucho si no empezamos a contar esta historia desde el principio, que es por donde empiezan todas las historias. Porque en un principio —que bien podemos situar un día antes— Andrés Bouza había desayunado con apetito madrugador.

Aunque estaba muy lejos de ser un experto *gourmet*, se apañaba a la hora de cocinar caldos y legumbres, alternados con huevo, algo de carne y sardinas en lata; elementos que constituían su dieta la mayoría de las veces en las que el café nunca faltaba. Por lo dicho, un día antes, Andrés Bouza echó a la sartén unas lonchas de tocino que todavía conservaban la tinta del papel de periódico donde venían envueltas. El de la tienda donde lo compró había utilizado el trozo de hoja de la sección de sucesos en el que se informaba del asalto a un banco. Noticia que Andrés Bouza leyó por encima y con los ojos rientes.

La noticia venía ilustrada con una foto del rostro del tipo que había perpetrado el asalto. Se trataba de un joven de carrillos llenos y cabeza pelada; en su expresión se distinguía cierta demencia, tal vez por culpa de uno de los ojos que tenía a medio cerrar. Respondía al nombre de Manolo Mariño, alias el Chiruca, y según contaba la noticia, el tal Chiruca no había quedado muy satisfecho con la cantidad que había en la caja del banco, por lo cual se llevó también el dinero de tres clientes que, por casualidad o como se diga eso, estaban allí en ese momento, esperando turno para ingresar el dinero en su cuenta de ahorros. Hay veces que el azar, al no estar sujeto a cálculo alguno, traza geometrías criminales, y aquella había sido una de esas veces. «Manos arriba, esto es un atraco»; la tensión en la mano, sosteniendo el arma, y la boca en guardia: «Que nadie se mueva». En el banco se sorprendieron, como si aquel atraco hubiese estado fuera de tiempo.

Una vez leída la noticia, Andrés Bouza arrugó la hoja de periódico hasta hacer con ella una pelota que lanzó al rincón de la mesa, y rebotó en su trayectoria contra la cafetera. «Manda carallo», masculló, llevándose el dorso de la mano al sudor de la frente. «Manda carallo.» El crepitar del aceite le removió los jugos gástricos y sus tripas maullaron de necesidad. Cuando retiró la sartén del fuego, se fijó en que las huellas de la tinta del periódico habían desaparecido de las lonchas de tocino, ahora humeantes, churruscadas y dispuestas al bocado.

Alcanzó uno de los platos de aluminio que tenía apilados bajo una repisa hecha con cajas de fruta y, sin más, se sirvió el desayuno con afán hambriento, rascando con una cuchara de palo la grasa de la sartén sobre el plato. Armado con un trozo de pan, al que antes había quitado el verdín de la miga, Andrés Bouza se puso a desayunar de pie y sin asiento, dejando caer las gotas de grasa hasta sus pantalones.

Aquella mañana llovía a rachas y, cuando lo hacía, por debajo del sonido de la lluvia, también podían oírse las olas golpear contra el pretil del embarcadero. Aunque estaba bien amarrado en puerto, una sinfonía confusa arrullaba su viejo barco. Eran avisos, señales sin trascendencia alguna para Andrés Bouza, que masticaba deprisa, llevando sus ojos a un lado y a otro de la pequeña estancia, atiborrada de útiles que rezumaban humedad.

La poca luz hacía que todo pareciese más sucio de lo que estaba. Con la bola en la boca, Andrés Bouza detuvo los ojos en uno de los armarios que él mismo había cortado para formar una especie de aparador, cubierto con redes y donde guardaba vasos y jarras. Terminado el tocino, eructó. Lo hizo con una sonoridad grave y ronca, como el golpe de un remo sobre las aguas en calma. Acto seguido se encogió para no dar con su cabeza en el techo bajo. Así llegó hasta la esquina de la mesa donde agarró la cafetera que puso sobre el hornillo. Luego metió su mano a través de la red para hacerse con el vaso más cercano, y se sirvió el café. También cargó su pipa de tabaco y la encendió con una cerilla.

Con la primera bocanada de humo, la satisfacción le invadió el rostro. Paladeó el café a tragos cortos, sentado en una especie de sofá que flanqueaba la cámara; un blando revoltijo de trapos sucios que había forrado con una tela viscosa y donde Andrés Bouza tenía tumbado su rifle. Se trataba de un Winchester de colección con las cachas rematadas en plata y que retiró a un lado para hacerse sitio. Cuando terminó el café, todavía con la pipa humeante ajustada a la boca, subió los peldaños y llegó a cubierta, donde se puso a mirar la superficie de las aguas, picoteada por una lluvia fina. Flotaban astillas, botellas vacías y condones cargados

de leche; todo un basurero donde nunca se acercaban las gaviotas.

El panorama del puerto lo componían una docena de barcasas de aspecto fantasmal, amarradas bajo el techo de la llovizna. El silencio de la muerte parecía haber renegrido sus colores. Llevaban días en espera de buen tiempo, flotaban en perfecta quietud como si estuvieran abandonadas a un descanso eterno. Según habían anunciado en las noticias, el buen tiempo iba a ser inminente; lo que sucede es que cuando se espera el buen tiempo, se da menos crédito a las noticias que lo anuncian. En cierta manera, para los hombres del mar, no creer en el buen tiempo es un modo de ahuyentar la mala suerte, en este caso de ahuyentar el mal tiempo.

Supersticiones aparte, Andrés Bouza pegó una calada a la pipa, manteniendo el humo en el paladar hasta hacerlo saliva. Gimió a lo lejos la sirena de un buque y los ojos se le iluminaron durante unos segundos con una luz afectuosa. Por lo demás, no hubo en su expresión la menor señal de impaciencia ante el tedio que parecía sepultar para siempre el horizonte, silueteado por las grúas del puerto.

Un poco más allá se alzaba un varadero que pertenecía a un club privado donde los veleros asomaban los palos con soberbia. Se trataba de un Yatch Club, una asociación de recreo exclusiva y que apenas tenía trasiego, pero que en temporada vacacional se llenaba de ociosos; jubilados con pantalón corto y gorras deportivas, siempre acompañados de mujeres recauchutadas que engrasaban sus muslos al sol de alta mar. Raro era el verano que Andrés Bouza no era requerido para pilotar alguna de aquellas naves de lujo. Ya puesto, raro era el verano que no era requerido para animar la carne de alguna de tantas que mostraban su pecho a través de las camisas desabotonadas, dispuestas a entregarse con torpe fiereza a la habilidad

de un marinero ducho en las mareas de los cuerpos. Con él no fingían, se retorcían y estiraban como manteca sobre el pan bravo de cubierta. Las chispas de súplica saltaban de sus ojos, y él hacía correr la pólvora de su temperamento en cada embestida. El sexo, en su dimensión más primaria, con todo el brillo caprichoso de dominación animal, llegaba a ser costumbre en los veranos de Andrés Bouza.

\* \* \*

Tuvieron que pasar un par de horas hasta que los rayos del sol apareciesen dispuestos a fundirse con las últimas gotas del chaparrón, dejando suspendida en el aire una luz encrespada, una transparencia en la línea del horizonte que dibujó una sonrisa en el rostro de Andrés Bouza cuando alzó la vista al cielo y reparó en las nubes lejanas. Por un momento calculó el tiempo que tardarían en alcanzarle y descargar su lluvia sobre él.

Con tales deseos que solo los marinos saben, tiró de cabos hasta desatar los nudos que aseguraban su barco al puerto. El casco se estremeció con quejidos chirriantes y fue al poco de adentrarse cuando sospechó que no podía continuar navegando en aguas tan profundas. Había calculado mal. Suele pasar. Si no se daba prisa, la tormenta se le iba a venir encima. Entonces, Andrés Bouza decidió virar de nuevo hacia la línea de costa. Su barco respondió muy rápido al timón con un temblor vivo, como si gozase de alma y entendimiento. Con esto, enderezó su rumbo. Lo hizo con una obstinación más propia de un picapedrero que de un marino, y así llegó hasta la desembocadura de las rías por donde siguió avanzando con decisión hasta que, de repente, de manera ingobernable, su barco se adentró en las aguas de una playa donde finalmente encalló.

De esta manera tan tonta, Andrés Bouza quedó embarrancado en un banco de arena que era lo más parecido a un cepo; una trampa que apresaba la quilla y que lo mantenía varado mientras el mundo giraba alrededor de su barco. «Manda carallo», farfulló Andrés Bouza cuando se vio aislado del mundo en un recodo de la playa, allí donde el río se ensancha y se convierte en mar abierto. «Manda carallo», se dijo cuando vislumbró las crestas de las olas revueltas bajo el manto de una lluvia que, de nuevo, se había desatado con la fiereza propia de aquellas geografías. Manda carallo. Andrés Bouza se sabía perdido, o algo así decía su cara. Respiró abriendo mucho la boca, como ahogado por el tufo de aquella maldición. «Me cago na Virgen do Carmen», gritó, alzando su voz a los cielos, poniéndose a sí mismo en evidencia.

Al principio, la marea le había dado un barrunto de oportunidad. Conocía su curso de memoria y bien sabía que, en pocas horas, podía flotar por encima del banco de arena si tenía suerte. Pero el destino no es un factor científico y, llevado por un impulso de supervivencia, Andrés Bouza tendió el ancla para aprovechar los saltos de la creciente marea y, de esta forma, hacerse a las aguas de nuevo. Sin embargo, el ancla parecía no aferrarse, culpa del fondo rocoso que la golpeaba, haciéndola rebotar una y otra vez sin descanso. De esta forma, la obstinación de Andrés Bouza tocó fondo bajo aquella lluvia feroz e implacable que parecía no tener fin.

La naturaleza parecía resuelta a no intervenir en su ayuda. Su propio remordimiento le achicó y aquello saltó hasta su mirada, reflejando el peso de una derrota consciente. Decidido a pedir ayuda, intentó conectar la radio de nuevo, pero aquel cacharro seguía sin emitir frecuencia alguna. Lo golpeó con sus puños y lo único que consiguió fue mancharse los nudillos de óxido. Andrés Bouza estaba irritado contra

sí mismo y contra todo lo que le rodeaba; cielo, tierra y mar le estorbaban de la misma manera que le estorbaba su pellejo por la propia acción de contener demonios.

A su pintoresca y grosera elocuencia se le había soltado la cuerda. Brotaba de sus adentros el flujo de una fuente envenenada. Temblaba de ira, de un raro orgullo incomprensible que había conquistado su pecho. «Mierda del carallo», se dijo, y volvió a golpear la radio. Nunca le dio buena espina aquel equipo de procedencia dudosa que había colocado en el panel, junto a la rueda del timón, y que compró a un gitano en el mercadillo de Coia. El gitano tenía la boca oscura y alargada, en forma de hoz y se abría una y otra vez para enseñar sus pocos dientes y soltar «Ande, buen payo, compremelá, se muera paaapa, que no diquela usted otra arradio como esta». Al final, Andrés Bouza accedió; algo cansado le tendió los billetes y vio la alegría que trató de esconder el gitano cuando cogió el dinero. Una vez que colocó la radio, armó la antena con un trozo de caña de pescar de fibra de vidrio. Ahora, varado donde la única opción que le quedaba era la blasfemia, maldijo el día en que compró aquella radio. «Me cago en Dios y nos santos todos do mundo.»

La verdad es que nunca se sintió atraído por los cacharritos. Andrés Bouza navegaba por instinto y, siempre que tenía oportunidad, renegaba de los adelantos técnicos que para él no eran más que atrasos. Si hubiera puesto más atención y no se lo hubiese tomado tan a la ligera, podría haberse hecho con un equipo mejor que aquel, qué carallo. Así estuvo mucho tiempo, maldiciéndose. Era demasiado para él y para cualquier marinero que se precie, pues, el día se había agotado y la noche había caído con el insoportable hedor de la derrota; un resuello irrespirable capaz de producir desórdenes mentales a cualquiera que se encontrase en sus mismas condiciones.

Uno de los suplicios de estar encallado es que el tiempo pasa muy despacio. Se hace interminable y transcurre lentamente. Con estas cosas en la punta de la lengua, Andrés Bouza se apoyó en la escotilla de popa para cargar una pipa que fumaría a la vez que inhalaba la rabia húmeda que traía la noche. Fue cuando le vino la risa y carcajeó.

Se reía, sí, pero esta vez de sí mismo. Su vida ahora, vista desde fuera, resultaba cómica. Tanto como un perro ladrándose a sí mismo. Andrés Bouza se sacó la pipa de la boca y se sorprendió, soplándose los dedos, como cuando era niño, y fue entonces cuando le vino hasta la garganta una bocanada nostálgica de pan frito empapado en café con leche. Ilusiones y recuerdos que trazaron una red de minúsculas arrugas alrededor de sus ojos.

Se dio cuenta de que aquellas aguas comunicaban la infancia de su padre, marino como él, con su propia muerte; la vejez de su abuelo, también marino, con el momento de ahora, encallado en una playa perdida en los mapas. Andrés Bouza llevaba, a semejanza de la tierra confiada al mar, una agobiante carga de recuerdos, mareas y naufragios que eran resultado de vidas anteriores a la suya y que él desconocía, pero que aparecían ahora, atravesando los hilos del tiempo hasta hacerse presentes.

Por lo demás, el viento soplaba furioso y lo llenaba todo, asumiendo en su seno los demás ruidos. La lluvia había vuelto a hacerse fina y sus gotas eran como hilos de piedra que quisieran clavarse en cubierta. El horizonte no se distinguía de la noche y en su línea ya no entraba todo lo pensado hasta ahora, tampoco lo que Andrés Bouza podía pensar de ahora en adelante. Por eso volvió a invocar fantasmas, a amañar el recuerdo de su padre, un hombre silencioso y de mirada dura que un lejano día se echó a la mar, como él mismo, para huir de una tierra ya vencida.

La verdad era otra y, como verdad que era, más repugnante todavía. Su padre había abandonado el hogar siguiendo el vuelo de las faldas de una mujer irlandesa con piel blanca y salpicada de pecas. Cuando el pequeño Andresiño se enteró por boca de su madre, sustituyó la resignación por la fantasía, inventando una fatigada historia donde persistía la pelirroja irlandesa junto a la madre despechada. En el medio estaba el esqueleto de su padre, sepultado en el mar como un viejo marino, y cuya calavera miraba a una u otra orilla siguiendo el capricho de las mareas que mueven las profundidades marinas.

Ahora lo recordaba, y una sombra irónica cruzó sus ojos. Hasta ese momento, Andrés Bouza había sido dueño de un calendario donde las fechas se amontonaban sin sentido. No necesitaba entender que estaba en un tiempo equivocado, perdido en una playa que no aparece en mapa alguno por ser el sitio donde un ángel negro hundió sus dedos en su caída al vacío: La Costa da Morte. Un litoral de sombra, envuelto en el sudario húmedo de la niebla.

Tuvo la extraña sensación de estar muerto, apartado a un inframundo donde solo se pueden percibir los antiguos sonidos que conserva la memoria mientras las olas se estrellan a un lado y a otro del barco. El cielo oscurecía y, por la expresión que tuvo Andrés Bouza al mirarlo, pudo sentir la fuerza oculta que cargaba y que a ratos lo vencía, entregándolo a un lugar de donde no se vuelve. Bajó la vista y la detuvo en las crestas de espuma que golpeaban con furia el casco, invariable en cada sacudida.

Transcurrieron unos momentos, durante los cuales el humo salía de sus labios en ráfagas enérgicas y rápidas que el viento volvía a echarle contra la cara. Por unos instantes, los surcos de su frente se hicieron más profundos. Se le po-

día leer el pensamiento alrededor de la cabeza, el correr de las ideas que se asemejaban a los restos de un mal sueño que inventaba presentimientos y desgracias.

Trató de reorganizar su confianza, aceptar una realidad alarmante, llevando la pipa hasta sus labios con evidente soberbia, presintiendo la muerte en la tibieza de una tarde que se disolvía ante la lluvia menuda que traía la noche. Porque estar encallado era para él lo más parecido a una rotura en la cáscara de su alma.

La inquietud que experimentaba Andrés Bouza no tenía que ver con la presencia de una bestia marina, como ocurre en las fábulas que se cuentan en los puertos, sino más bien con una sensación que flotaba en la atmósfera, como si la noche y el mar propiciasen un fluido invisible; un fluido a través del cual se propagaba la mala suerte, y que a Andrés Bouza le hizo sentir la misma rabia que sienten los hombres ante lo inevitable. Solo quedaba el silencio como única defensa ante la derrota.

Terminada su pipa, bajó al camarote de nuevo. A la luz temblona y pobre, Andrés Bouza se hizo una sopa que sorbió con mucho ruido y que acompañó con unas sardinas de lata. Un ratito después, la realidad vendría a quebrar el hilo de sus pensamientos, pues, justo cuando había iniciado la tarea de recoger los platos para fregarlos, llegó hasta sus orejas el sonido de un motor.